

fuesen más instruídos que su marido; soñaba con verlos en París á los tres ocupando altos puestos, que no precisaba. Cuando Rougon cedió, y los tres granujas comenzaron la segunda enseñanza, Felicidad experimentó los mayores halagos de vanidad que tuvo en su vida; oíalos, embebecida, hablar entre sí de sus profesores y de sus estudios; el día en que el mayor hizo declinar en su presencia el *rosa rosæ* á uno de los pequeños, parecía escuchar una música deliciosa; y, dicho sea en honor suyo, su alegría estuvo entonces de todo cálculo: el mismo Rougon se dejó dominar por la emoción del hombre ignorante. El compañerismo que se estableció naturalmente entre sus hijos y los de los principales de la ciudad, acabó de embriagar á los esposos; los chicos tu-teaban al hijo del alcalde, al del subprefecto y á dos ó tres hijos de los nobles del barrio de Saint-Marc, cuyos padres se habían dignado mandarlos al colegio de Plassans; Felicidad no sabía con qué pagar tan incomparable honor. La educación de los tres muchachos gravó considerablemente el presupuesto de la casa.

Mientras cursaban el bachillerato, Rougon y su mujer, que los sostenían en el colegio gracias á enormes sacrificios, vivieron con la esperanza del éxito, y cuando obtuvieron su diploma, Felicidad quiso coronar su obra, y decidió á su marido á mandar á París á los tres. Dos de ellos estudiaron leyes, y el otro medicina. Después, cuando fueron hombres y hubieron puesto fin á los recursos de la casa de Rougon, viéronse obligados á volver á fijar su residencia en provincias y comenzó el desencanto para los pobres padres. La provincia pareció como que recobraba su presa; los tres jóvenes vegetaban allí. Toda la amargura de su mala suerte subiósele á Felicidad á la garganta; sus hijos le daban chasco; la habían

arruinado y no le producían ni el interés del capital que representaban. Aquel último golpe le fué doblemente sensible, porque la hería á la vez en sus ambiciones de mujer y en sus vanidades de madre. Rougon le repetía:—«¡Ya te lo había dicho!»,—lo que la exasperaba más.

Un día que reprochaba amargamente á su hijo mayor las sumas que le había costado su carrera, díjole este con no menos desaliento:—Yo se las reembolsaré más tarde, si puedo; pero puesto que no tenía fortuna, debió usted dedicarnos á obreros; estamos fuera de nuestra clase y sufrimos más que usted.—Desde entonces Felicidad dejó de acusar á sus hijos, y todo su encono dirigióse al destino, que sin darse punto de reposo la fustigaba; deshacíase en lamentaciones, y se quejaba de la falta de dinero, que la hacía naufragar á la vista del puerto. Cuando le decía Rougon: «Tus hijos son unos holgazanes que nos empujan hacia el fondo del precipicio», replicaba ásperamente: «¡Ojalá tuviera aún dinero que darles! ¿Qué quieres que hagan los infelices, si no tienen un céntimo?»

Al comienzo del año 1848, en vísperas de la revolución de Febrero, los tres hijos de Pedro ocupaban en Plassans una posición bien precaria. Aunque salidos del mismo tronco, eran tipos curiosos y profundamente diferentes; pero en suma valían más que sus padres. La raza de Rougon debía depurarse por las mujeres; Adelaida hizo de Pedro un talento mediano, apto para ambiciones bajas; Felicidad dotó á sus hijos de inteligencias más altas, capaces de grandes vicios y de grandes virtudes. Por aquella época, el mayor, Eugenio, contaba cerca de cuarenta años; era de mediana estatura, un poco calvo y con tendencias á la obesidad; tenía toda la fisonomía de su padre; cara larga, de facciones muy

acentuadas: debajo de la piel abundaba la grasa, la cual daba redondez á las formas y un color amarillento de cera; pero si en la rudeza del cuerpo y en la estructura del cráneo se revelaba aún el campesino, cuando levantaba los gruesos párpados, su fisonomía se transfiguraba; parecía iluminarse por dentro. En el hijo, la grosería del padre convertíase en gravedad; tenía ordinariamente una actitud soñolienta, y en ciertos ademanes lentos y perezosos hubiérase dicho que era un gigante que estiraba sus miembros esperando el momento de la acción. Por uno de esos mal llamados caprichos de la naturaleza, en que la ciencia comienza á descubrir leyes, si el parecido físico de Eugenio con su padre era completo, Felicidad parecía haberle suministrado la materia pensante. El apetito de goces que se desarrollaba furiosamente en los Rougon, y que era como la característica de aquella familia, tomaba en él una de sus más elevadas fases: quería gozar, pero por las voluptuosidades del espíritu, satisfaciendo su necesidad de dominación. Un hombre tal no había nacido para realizar sus ideales en provincias. Vegetó en Plassans por espacio de quince años, con los ojos fijos en París, esperando la ocasión. Desde que volvió á la ciudad, acaso para no comer el pan de sus padres, inscribióse en el colegio de abogados. Tuvo negocios, aunque pocos, y fué subviniendo á sus necesidades en la obscuridad, sin elevarse más allá de una modesta medianía. En Plassans encontraban su voz pastosa, sus ademanes pesados; raras veces ganó los pleitos que le encomendaron; de ordinario salíase de la cuestión, divagaba, según decían los talentos del distrito; sobre todo un día defendiendo un asunto de daños y perjuicios perdió el hilo y se metió en un dédalo de consideraciones políticas, hasta tal punto que el pre-

sidente le cortó la palabra: inmediatamente se sentó sonriendo con expresión extraña; su cliente fué condenado á pagar una suma considerable, lo que no pareció hacerle sentir sus digresiones. Afectaba mirar sus defensas como simples ejercicios que le servirían más tarde; esto era lo que no comprendía y desesperaba á Felicidad; hubiera querido que su hijo dictase leyes al tribunal civil de Plassans. Acabó por formar una opinión muy desfavorable de su primogénito; según ella, aquel hombre extraño, cuya inteligencia parecía adormecida, no podía ser la gloria de la familia. Pedro, en cambio, fundaba en él confianza absoluta, no porque tuviera mayor penetración que su mujer, sino porque, fijándose sólo en la apariencia, en el exterior, se enorgullecía pensando en el talento de su hijo, que era su vivo retrato. Un mes antes de la jornada de Febrero, Eugenio comenzó á estar inquieto: parecía que husmeaba la crisis; desde entonces, el piso de Plassans le abrasaba los pies; se le veía andar al acaso por los paseos como un alma en pena. Luego decidióse bruscamente, y partió para París. No tenía quinientos francos en el bolsillo.

Aristides, el más joven de los hijos de Rougon, era, por decirlo así, geoméricamente opuesto á Eugenio. Tenía la cara y las avideces de su madre, y un carácter solapado apto para las intrigas vulgares en el que predominaban los instintos de su padre; la naturaleza, á veces, necesita la simetría. Pequeño de cuerpo, con la cara puntiaguda semejante á un puño de bastón en forma de cabeza de polichinela, ansioso de goces, todo lo revolvía, en todo se mezclaba sin escrúpulo; adoraba el dinero tanto como el poder su hermano. Mientras Eugenio soñaba con plegar un pueblo á su voluntad y se embriagaba pensando

en su futura omnipotencia, Aristides se veía diez veces millonario, alojado en un palacio de príncipe, comiendo y saboreando la vida con todos los sentidos y todos los órganos de su cuerpo; quería ante todo una fortuna rápida. Cuando había un castillo en el aire, veíale elevarse á sus ojos como por arte mágico; de la noche á la mañana, había en él montones de oro; esto halagaba su pereza, tanto más, cuanto que no se inquietaba jamás de los medios; y que los más rápidos le parecían los mejores. La raza de los Rougon, aquellos lugareños groseros, ávidos, de apetitos de bruto, había madurado muy de prisa; todas las ansias de goces materiales se desarrollaban en Aristides triplicadas por la educación, más insaciables y más peligrosas desde que las razonaba. A pesar de sus delicadas intuiciones de mujer, Felicidad prefería á éste; no comprendía hasta qué punto se le parecía Eugenio; escudaba las tonterías y la pereza de su hijo pequeño; se pretextaba de que sería el hombre superior de la familia y de que un hombre superior tiene derecho á llevar una vida desordenada hasta el punto en que el poder de sus facultades se revela, Aristides puso á prueba su indulgencia. En París llevó una vida sucia y ociosa; fué uno de esos estudiantes que toman los apuntes de la cátedra en los figones del barrio Latino. Y eso que sólo dos años permaneció allí; su padre, al ver que no ganaba un año siquiera, asustóse, y al tercer día retúvole en Plassans, hablando de buscarle mujer para probar si con la vida de familia sentaba cabeza. Aristides se dejó casar. Por aquella época no leía claro en sus ambiciones, la vida de provincia no le disgustaba del todo, y hallábase á gusto no ocupándose más que de comer, beber y dormir y pasear. Felicidad abogó por él con calor, que Pedro consintió en dar comida y

bitación al matrimonio, á condición que el joven se ocuparía activamente en la casa de comercio. Entonces comenzó para él una hermosa existencia de holgazanería: pasaba los días y la mayor parte de las noches en el Casino, escapándose del escritorio de su padre como un colegial para jugarse los pocos luses que su madre le daba á escondidas.

Es menester haber vivido algún tiempo en el rincón de una provincia para poder apreciar la cantidad de embrutecimiento que en cuatro años seguidos de hacer aquella vida se apoderó del joven. En cada pequeña ciudad hay un grupo de individuos que vive á expensas de sus padres, haciendo como que trabajan, y cultivando en realidad la pereza con una especie de religión. Aristides fué el prototipo de esos vagos incorregibles que arrastran su holgazanería con cierta voluptuosidad en el vacío de la provincia; jugó al *carté*; mientras él vivía en el casino, su mujer, una rubia lánguida é indolente, contribuía á la ruina de sus suegros con su afán por los tocados llamativos y su apetito inconcebible tratándose de azules y el *rostbeef*. Era hija de un militar retirado, á quien llamaban el comandante Sicardot, buen hombre, que le dió en dote diez mil francos; Pedro Rougon á su hijo Aristides, que aceptó aquel partido como una verdadera fortuna; y dote que le obligó á decidirse fué luego el dogal que le apretó el cuello. Su hijo era un refinado bribón; fingiendo gran desinterés, le entregó los diez mil francos, asociándose á él, y sin consentir tomar de ellos un solo céntimo.—Nada nos hace falta—le dijo.—Viviremos con usted mi mujer y yo, y más tarde ajustaremos cuentas.—Pedro andaba apurado, y aceptó, algo inquieto por el des-

interés de Arístides. Este pensó que en mucho tiempo, su padre no podría devolverle los diez mil francos, y que, mientras no pudiesen liquidar, él y su mujer vivirían bien á sus expensas; fueron unos cuantos billetes de Banco admirablemente colocados. Cuando el comerciante de aceite comprendió el lazo en que había caído, ya no le fue posible desembarazarse de Arístides: la dote de Angela estaba comprometida en negocios que iban de mal en peor. Furioso con el apetito de su nuera y la pereza de Arístides clavados en su corazón, hubo de conformarse y retener á su lado al joven matrimonio. Si en su mano hubiera estado, veinte veces se hubiese deshecho de aquel gusanera (así decía él), que le chupaba la sangre. Felicidad sufría con más paciencia: Arístides, que sabía el flaco de su madre, la deslumbraba consultándole á cada paso proyectos de riquezas que debía realizar pronto. Por una casualidad bastante rara, se llevaba muy bien con su nuera; la verdad es que Angela no tenía voluntad y dejaba manejar como un mueble. Cuando su marido le hablaba de los futuros triunfos de su hijo pequeño, Pedro se daba á todos los diablos, lo acusaba de que llegaría á ser la ruina de su casa. Durante los cuatro años que el matrimonio estuvo con él, tronó así, gastando en disputas y rabia impotente, sin que Arístides ni Angela jansen un punto su calma sonriente; habían caído allí, y allí permanecían como masas inertes. Al fin, Pedro hizo un regular negocio, y pudo devolver á su hijo los diez mil francos; mas cuando quiso echar cuentas, armóle Arístides tal cúmulo de enredos, que, desesperado, lo dejó marchar sin descontarle un céntimo por gastos de alimentación y alojamiento.

Angela y su marido fueron á establecerse en algunos pasos de la casa de los Rougon, en

plazoleta de San Luis, situada en el barrio viejo. Pronto se comieron los diez mil francos y fue preciso colocarle. Arístides, por otra parte, no cambió en lo más mínimo su género de vida mientras duró el dinero. Cuando no hubo ya más que un billete de cien francos, se puso nervioso; viósele rodar por las calles con aspecto lúgubre; no tomaba su taza de café en el casino y veía jugar, febril, sin tocar una carta. La miseria le hizo peor aún de lo que era. Mucho tiempo resistió empeñado en no trabajar. Tuvo un hijo en 1840, el pequeño Máximo, á quien su abuela Felicidad metió después en el colegio y cuya pensión pagaba secretamente; era una boca menos en casa de Arístides; pero la pobre Angela se moría de hambre, y el marido resolvióse al fin á buscar un destino. Consiguió entrar en la subprefectura, y en ella estuvo diez años sin conseguir pasar de mil ochocientos francos de sueldo. Desde entonces, ansioso de los placeres que conocía, vivió febril, tragando hiel. Su ruin posición le exasperaba; los miserables ciento cincuenta francos que recibía todos los meses le parecían ironía de la suerte. Jamás devoró á un hombre semejante sed de satisfacer á su carne. Felicidad, á quien contaba sus penas, no le disgustó verle hambriento, por pensar que la miseria espolearía su pereza. Con el oído atento púsose en emboscada como el ladrón que busca la ocasión de dar un buen golpe. Al principiar el año 1848, cuando Eugenio se fué á París, tuvo intenciones de acompañarle; pero Eugenio era soltero; él no podía llevar tan lejos á su familia sin tener en el bolsillo una cantidad respetable. Esperó acechando una catástrofe y dispuesto á estrangular la primera presa que se presentase.

El otro hijo de Rougon, Pascual, el nacido entre Eugenio y Arístides, no parecía pertenecer á la

familia; era uno de esos casos frecuentes que dan un mentís á las leyes de la herencia. La naturaleza produce á menudo un individuo á quien transmite todos los elementos que negó á los demás de su raza, y se muestra espléndida con él, favoreciéndole y prestándole todos los impulsos de su fuerza creadora. Pascual no se parecía á ningún Rougon, ni física ni moralmente; era alto de fisonomía dulce, y severa; tenía un amor al estudio, una necesidad de modestia y una rectitud de juicio que contrastaban singularmente con las fiebres de ambición y con los procedimientos poco escrupulosos de su familia. Después de haber hecho en París magníficos estudios en medicina, se había retirado á Plassans por gusto, a pesar de los ofrecimientos de sus profesores; gustábale la tranquila vida de provincias y sostenía que era preferible para un sabio al barullo parisense. En Plassans no se preocupó gran cosa por aumentar su clientela; muy sobrio y despreciando profundamente la riqueza, se dió por contento con unos cuantos enfermos que le deparaba la casualidad. Todo su lujo consistía en una casa situada en la parte nueva de la ciudad, muy clara, muy alegre, en donde vivía consagrado al estudio de las ciencias naturales; la fisiología, sobre todo, le sedujo. Corrió la voz de que se compró algún que otro cadáver al sepulcra del hospital, y esto le hizo aborrecible para pocas damas melindrosas y algunos burgueses pusilánimes; por fortuna, no llegaron hasta tratar de brujo, pero su clientela se redujo más, y se miró como un excéntrico á quien las personas de buena sociedad no debían confiar el extremo del dedo pequeño, so pena de comprometerse. Un día dijo la mujer del alcalde:—Antes consentiré morirte que me asista ese señor. ¡Huele á muerte!—Desde entonces fué juzgado Pascual.

Parecía divertirle el horror que causaba. Cuantos menos enfermos tenía, mejor podía dedicarse á su querida ciencia. Como cobraba muy baratas las visitas, el pueblo le permanecía fiel; ganaba lo indispensable para vivir, y vivía satisfecho á un millón de leguas de las gentes del país, en la pura alegría de las investigaciones y los descubrimientos. De vez en cuando mandaba una Memoria á la Academia de Ciencias de París, y Plassans ignoraba que aquel ente original, «que olía á muerte», era persona muy conocida y muy estimada en el mundo de los sabios. Cuando los domingos lo veían partir para una excursión en las colinas de los Garrigues, con la caja de botánico colgada al cuello y el martillo de geólogo en la mano, se encogían las gentes de hombros, y lo comparaban con otro médico de la ciudad, tan encorbatado, tan meloso con las damas, y cuyas ropas trascendían á violeta. Tampoco su familia comprendía á Pascual. Cuando Felicidad le vió emprender aquel género de vida tan extraña y tan mezquina, se quedó estupefacta, y le recriminó porque defraudaba sus esperanzas. Ella, que toleraba la pereza de Arístides, por creerla fecunda, no pudo ver sin cólera la conducta de Pascual, su amor á la soledad, su desprecio por las riquezas y su firme resolución de vivir ignorado. ¡Ah! ¡No sería ciertamente aquel hijo el que satisficiera su vanidad!—Pero ¿de dónde sales?—le decía algunas veces.—Tú no eres de los nuestros: mira tus hermanos; buscan, procuran sacar provecho de la educación que les hemos dado. Tú sólo haces tonterías. Nos recomendas muy mal el habernos arruinado para educarte. No, tú no eres de los nuestros.—Pascual, que prefería reirse cuando tenía que incomodarse, respondía alegremente con fina ironía:—Vaya, no se quejen; no quiero arruinarlos del todo; los

curaré gratis cuando estén enfermos.—Por lo demás, veía muy poco á su familia, sin afectar repugnancia hacia ella, y obedeciendo á sus particulares instintos. Antes que Arístides entrara en la subprefectura, le había socorrido muchas veces. Continuaba soltero, y no pensaba ni remotamente en los graves acontecimientos que se preparaban; desde hacía dos ó tres años se ocupaba en resolver el problema de la herencia, comparando las especies animales con la humana, y le absorbían los curiosos resultados que iba obteniendo. Las observaciones hechas en sí propio y en su familia habíanle servido de punto de partida para sus estudios. El pueblo comprendía también con su intuición inconsciente hasta qué punto se diferenciaba de los Rougon, que le llamaba siempre M. Pascual, sin añadir nunca el apellido.

Tres años antes de la revolución de 1848, Pedro y Felicidad liquidaron su casa de comercio. Ya era tiempo; habían pasado de los cincuenta y estaban cansados de luchar. Vista su mala suerte, temieron quedarse en la miseria si se empeñaban en seguir adelante; sus hijos, al defraudar sus esperanzas, les habían dado el golpe de gracia. Convencidos de que por causa de ellos no llegarían á enriquecerse, resolvieron conservar un pedazo de pan para pasar tranquilos los últimos años de su vida, y se retiraron con un capital de unos cuarenta mil francos; con esta suma crearon una renta de dos mil, lo bastante para pasar mezquinamente la vida en provincias. Por fortuna, eran los dos solos; sus hijas, Marta y Seldonia, habíanse establecido, ya casadas, en Marsella la primera, y en París la otra. Al liquidar hubiesen querido ir á vivir al barrio de los comerciantes retirados, pero no se atrevieron: era su renta en extremo reducida, y temieron expo-

nerse á hacer un mal papel. Para consolarse, alquilaron una habitación en la calle de la Banne, que separa el barrio viejo del nuevo; aunque colocada su casa en la acera que limitaba el barrio viejo, todavía vivían en el de la canalla; sólo que á pocos pasos veían desde sus ventanas la ciudad de la gente rica; estaban, pues, en la frontera de la tierra prometida. La habitación, situada en el piso segundo, se componía de tres grandes piezas que habían dividido en sala, comedor y cuarto de dormir. La casa era estrecha y de poco fondo, y constaba sólo de dos pisos; en el principal habitaba el propietario, un comerciante de bastones y paraguas que tenía el almacén en el portal.

Cuando Felicidad levantaba la casa, se le oprimió el corazón. En provincias, vivir en casa alquilada es una declaración de pobreza; cada familia bien acomodada la tiene propia en Plassans, porque las fincas urbanas se venden allí baratas. Pedro cerró los cordones de su bolsa y no quiso oír hablar de cambiar el antiguo mobiliario; éste, viejo y en deplorable estado, debía servir sin componerlo siquiera.

Felicidad, que ansiaba figurar algo y se dolía de semejante tacañería, se ingenió para reparar en lo posible aquellas ruinas; relegó á un rincón algunos muebles demasiado viejos, y reparó por sí misma el terciopelo roído de algunas butacas. El comedor, que estaba junto á la cocina y caía á la parte de atrás, quedó medio vacío: una mesa y una docena de sillas se perdían en la sombra de aquella vasta pieza, cuya ventana se abría frente á la pared gris de la casa vecina. Como nadie entraba en la alcoba, Felicidad relegó allí los muebles inservibles: además de su cama, un armario, un secreter y un lavabo, veíanse allí otras dos camas, una encima de otra, un aparador sin puertas, una gran papelera vacía, antiguas

y respetables ruinas que Felicidad no se atrevió á desechar. Todos sus cuidados se concentraron en el salón, y casi llegó á convertirlo en lugar habitable; adornábalo una sillería de terciopelo amarillento con flores de raso; en medio había un velador con tabla de mármol; dos consolas con sus espejos ocupaban los extremos de la estancia; la alfombra no alcanzaba á cubrir el suelo, y del techo colgaba una araña resguardada por una gasa blanca, llena de manchitas negras debidas á las moscas; decoraban las paredes seis litografías representando las más grandes batallas de Napoleón; databan de los primeros días del Imperio. Por toda mejora, consiguió Felicidad del propietario de la casa que empapelara el salón de color de naranja con grandes ramos, así es que tomó un extraño color amarillo que lo llenaba de una luz falsa, que hería los ojos. El mueblaje, las cortinas, el papel, todo era amarillo: hasta las planchas de mármol de las consolas y del velador amarilleaban. Aquellos tonos parecían casi armoniosos y el salón casi limpio cuando las cortinas estaban echadas; pero Felicidad había soñado con un lujo mayor y veía aquella mal disimulada miseria con muda desesperación. Por lo común estaba en el salón, la pieza más bella de la casa. Una de sus diversiones, grata y amarga al propio tiempo, era asomarse á una de las ventanas que caían sobre la calle de la Banne; desde allí veía de soslayo la plaza de la Subprefectura; era su soñado paraíso. Aquella plazoleta desahogada, limpita, con sus casas nuevas, le parecía un Edén; diez años de vida hubiera dado por poseer una de ellas. La que formaba el ángulo de la izquierda, habitada por el jefe económico, la ponía furiosa; la contemplaba con antojo de mujer embarazada; algunas veces, cuando la ventana estaba entreabierta, veía trozos de

ricos muebles, efluvios de lujo que le quemaban la sangre.

Por aquella época los Rougon atravesaban una crisis de vanidad y de apetitos insaciables; los pocos sentimientos buenos que tenían se agriaban; sin resignación ninguna, considerábanse víctimas de la suerte y cada vez estaban más ásperos y menos decididos á morir sin verse satisfechos. En el fondo, no renunciaban á sus esperanzas, á pesar de su avanzada edad; Felicidad pretendía tener el presentimiento de que moriría rica. Cada día de miseria les pesaba más; cuando recapitulaban sus inútiles esfuerzos, cuando recordaban los treinta años de lucha sin punto de reposo, y la decepción que sus hijos les hicieron sufrir, viendo desmoronarse aquellos castillos en el aire, reducidos á aquel salón amarillo donde había que correr las cortinas para ocultar su fealdad, eran presa de sorda rabia; y entonces, para consolarse, forjaban planes de fortunas colosales, hacían combinaciones fantásticas; Felicidad soñaba que le caía el premio gordo de una lotería: cien mil francos; Pedro imaginaba que iba á inventar alguna especulación maravillosa. Tenían un solo pensamiento; hacer fortuna en seguida, en pocas horas, ser ricos, gozar, aunque no fuese más que un año; á esto tendía todo su sér, brutalmente, sin temor. Todavía esperaban algo de sus hijos, con ese egoísmo particular de los padres que no pueden acostumbrarse á la idea de haberlos mandado al colegio sin obtener, en cambio, algún beneficio personal.

Felicidad parecía no haber envejecido: era la misma mujercilla negruzca, inquieta, zumbando siempre como una cigarra; cualquiera, al verla de espaldas en la calle, la hubiese tomado por una niña de quince años, á juzgar por su paso ligero, la estrechez de sus hombros y la finura de su

talle. Su cara tampoco había cambiado gran cosa: sólo se había arrugado algo, acercándose más al hocico de la garduña; hubiérase dicho que era una chiquilla apergaminada sin cambiar de facciones. Pedro Rougon ya era otra cosa; había echado vientre, convirtiéndose en un respetable burgués, al cual sólo faltaban las rentas para parecer digno del todo; sus mejillas gruesas y fofas, su aspecto rudo y pesado, la expresión de su rostro, que parecía siempre dormido, aparentaban sudar el oro. Un día oyó decir á un campesino que no le conocía: «Ese gordote debe ser algún ricacho, que no se preocupa por el dinero» —reflexión que le había llegado al corazón, porque parecíale una burla atroz haber permanecido un pobre diablo, mientras adquiría la gordura y la gravedad de un millonario. Los domingos, cuando se afeitaba delante de un espejillo de cincuenta céntimos colgado de la falleba de la ventana, pensaba que de frac y corbata blanca en casa del subprefecto, haría bastante mejor papel que muchos empleados de Plassans. Aquel hijo de un campesino, picardeado en medio de las preocupaciones propias del comercio, gordo á fuerza de hacer vida sedentaria, ocultando sus apetitos rencorosos bajo la placidez natural de sus facciones, tenía, en efecto, el aspecto nulo y solemne, la facha imbécil que exhibe un hombre en un salón oficial. Pretendíase que su mujer le trataba á la baqueta, y se equivocaban. Era testarudo como un asno; viéndose contrariado, sin esperanza de hacer su gusto, hubiera sido capaz de pegar á la gente; pero Felicidad era demasiado ladina para llevarle la contraria cara á cara. Ingeniosa, viva y pizpireta, aquella enana no tenía por sistema lanzarse de cabeza contra los obstáculos; cuando quería lograr algo de su marido y empujarle por una senda que le parecía la me-

jor, le envolvía en los círculos de sus bruscos revuelos de cigarra, le picaba por todas partes, volvía cien veces á la carga, hasta hacerle ceder sin que él mismo se diera cuenta de ello; Pedro la consideraba más inteligente que él, y soportaba con paciencia sus consejos. A veces Felicidad ganada la batalla sin más que zumbar á los oídos de Rougon; y, cosa rara, casi nunca el uno echaba al otro en cara un fracaso. Unicamente la educación de los hijos produjo algunas disensiones entre aquel matrimonio.

La revolución de 1848 halló, pues, sobre aviso á todos los Rougon, exasperados por su mala suerte, para obtener los favores de la fortuna aunque hubiesen de lograrlos violándola, si tropezaban con ella en su vida. Era una familia de bandidos en acecho, dispuesta á aprovechar los acontecimientos. Eugenio vigilaba á París; Aristides soñaba que degollaba á Plassans; el padre y la madre, los más ávidos quizás, contaban con sus propios esfuerzos y con aprovechar en lo posible los de sus hijos; sólo Pascual, aquel discreto amante de la ciencia, llevaba la vida indiferente de un enamorado en su pequeña y alegre casita de la ciudad nueva.

### III

En Plassans, en aquella ciudad cerrada donde la división de clases era tan marcada y tan radical en 1848, el golpe de retroceso de los acontecimientos políticos apenas era perceptible. Hoy mismo la voz del pueblo se ahoga allí; la burguesía contribuye con su prudencia, la nobleza con su muda desesperación, la clerecía con su fina astucia. Aunque un rey le robe á otro su trono ó una república se establezca, la ciudad no se conmueve. En Plassans se duerme cuando en



París se baten. Mas aunque en la superficie se observa calma, en el fondo hay un trabajo oculto digno de estudio. Si los tiros de fusil son raros en las calles, las intrigas devoran los salones de la ciudad nueva y del barrio de Saint-Marc. Hasta 1830 no se había contado con el pueblo; hoy mismo se procede como si éste no existiera; todo se resuelve entre la nobleza, el clero y la burguesía. Los curas, que son muy numerosos, dan el tono á la política de la comarca; éste consiste en minas subterráneas, golpes en la sombra, una táctica prudente y perezosa que apenas permite dar un paso hacia adelante ó hacia atrás en diez años. Las luchas secretas entre hombres que quieren evitar el ruido, requiere una astucia particular, una aptitud especial para las cosas pequeñas, una paciencia propia de gentes privadas de pasiones; por eso la lentitud que ofrece la marcha de la política provinciana, esa pereza que causa risa á los parisienses, está llena de peligros, erizada de traiciones, de cabildeos y astucias, de victorias y derrotas ocultas. Aquellos provincianos, sobre todo cuando se trata de sus intereses, matan á domicilio, á alfilerazos, como nosotros matamos á cañonazos en la plaza pública.

La historia política de Plassans, igual que la de todas las pequeñas ciudades de provincias, ofrece una particularidad curiosa. Hasta 1830 todos sus habitantes eran católicos fervientes y entusiastas realistas; el pueblo mismo sólo juraba por su Dios y por sus reyes legítimos. De pronto sucedió un cambio repentino: huyó la fe, y la población obrera y gran parte de la burguesía desertaron de las filas del realismo, inaugurando poco á poco el movimiento democrático de nuestros días. Cuando estalló la revolución de 1848, encontráronse solos el clero y la nobleza para trabajar en pro del triunfo de la causa de Enri-

que V. Hacía largo tiempo que les parecía el advenimiento de los Orleans un ridículo ensayo que traería más tarde ó más temprano á los Borbones. Aunque no tenían muchas esperanzas, lanzáronse á la palestra, escandalizados ante la deserción de sus antiguos partidarios, y procuraron atraerles de nuevo; el barrio de Saint-Marc, ayudado por todas las parroquias, puso manos á la obra. Entre los burgueses, y sobre todo, en el pueblo, el entusiasmo fué grande al día siguiente de las jornadas de Febrero: aquellos aprendices de republicano tenían prisa de gastar su fiebre revolucionaria; pero entre los propietarios de la ciudad nueva, aquel hermoso fuego tuvo el brillo y duración del de la paja. Los comerciantes retirados, los pequeños propietarios que habían redondeado su fortuna bajo la monarquía, fueron pronto presa del pánico: la República, con su vida de sacudimientos, les hacía temblar por su caja y por su querida existencia de egoístas; así es que cuando se declaró la reacción clerical de 1849, casi toda la burguesía de Plassans se afilió al partido conservador, siendo recibida con los brazos abiertos. Jamás la ciudad nueva había tenido relaciones tan estrechas con el barrio de Saint-Marc: hubo nobles que llegaron á estrechar las manos de los abogados y de los antiguos tratantes en aceite; esta inesperada familiaridad entusiasmó al barrio nuevo, que desde entonces hizo encarnizada guerra á la República.

Para llegar á semejante unión, el clero derrochó verdaderos tesoros de habilidad y paciencia. En el fondo la nobleza de Plassans, semejante á un moribundo, vivía sumida en una postración invencible; conservaba la fe, pero estaba aletargada como una masa inerte, y dejaba obrar al cielo; por su gusto, sólo hubiese protestado por medio del silencio, presintiendo tal vez vagamen-

te que sus dioses habían muerto y que no les quedaba ya más que ir á juntarse con ellos. Hasta en aquella época de trastorno, cuando la catástrofe de 1848 pudo hacerle esperar por un instante la vuelta de los Borbones, mostróse apática, indiferente, hablando á cada paso de echarse á la calle y no abandonando el rincón al lado del fuego. El clero combatía sin punto de reposo aquel sentimiento de impotencia y resignación, y puso en ello una especie de pasión ardiente; los curas, cuanto más se desesperan, más luchan. La política de la Iglesia fué siempre igual: caminar hacia adelante con paso firme y lento, sin impaciencia, remitiendo la victoria acaso á muchos siglos después, pero sin perder una hora, empujando constantemente. El clero fué, pues, el que en Plassans determinó el movimiento reaccionario; la nobleza se ocultó tras él, y el clero la halagó, la dirigió, dándole aliento y prestándole una vida ficticia; cuando consiguió vencer todas sus repugnancias hasta el punto de que hiciese causa común con la burguesía, consideró ganada la partida. El terreno estaba maravillosamente preparado: aquella antigua ciudad realista, aquella población de burgueses tranquilos y de comerciantes poltrones, debía tarde ó temprano formar parte del partido del orden; el clero, con su astuta táctica, apresuró la conversión. Después de haber dominado á los propietarios de la ciudad nueva, se apoderó de los comerciantes al por menor del barrio viejo; desde entonces la reacción fué dueña de la ciudad. En esta reacción estaban representadas todas las opiniones: jamás se había visto semejante mezcla de liberales resellados, de legitimistas, orleanistas, bonapartistas y clericales; pero esto importaba poco en tal momento; se trataba únicamente de matar la República, y la República agonizaba. Sólo una parte del pue-

blo bajo, un millar de obreros entre las diez mil almas de la ciudad, saludaba todavía al árbol de la libertad plantado en medio de la plaza de la Subprefectura.

Los políticos más finos de Plassans, los que dirigían el movimiento reaccionario, no esperaban el Imperio tan pronto; la popularidad de Luis Napoleón les parecía una pasajera genialidad del pueblo, de la cual podrían dar cuenta fácilmente. La persona del Príncipe inspiraba sólo mediana admiración; la juzgaban inepta, ilusa, incapaz de dominar á la Francia, y menos aún de sostenerse en el poder; teníanla por un instrumento, del cual esperaban servirse á su antojo para allanar el terreno, y al cual echarían abajo en cuanto llegase la ocasión oportuna de aparecer el verdadero pretendiente. Sin embargo, los meses corrían y ellos se inquietaban; sólo entonces empezaron á tener vaga conciencia de que se les engañaba; pero no les quedó tiempo para ponerse en defensa; el golpe de Estado estalló sobre sus cabezas, y viéronse obligados á aplaudir. La gran impura, la República, acababa de ser asesinada. Era casi un triunfo. El clero y la nobleza aceptaron los hechos, y, resignándose, aplazaron la realización de sus ideales para más adelante, aliándose á los bonapartistas para aplastar á los últimos republicanos que aún quedaban. Estos acontecimientos fueron la base de la fortuna de los Rougon. Mezclados en diversas fases de esta crisis, se alzaron sobre las ruinas de la libertad; aquellos bandidos en acecho, cogieron una presa: la República. Otros la hubieron degollado; ellos ayudaron á desvalijarla.

Al día siguiente de las jornadas de Febrero, Felicidad, la que tenía mejor olfato de la familia, comprendió que estaba en la buena pista:

*Fortuna Rougon. — Tomo 2.º — 7*

UNIVERSIDAD DE BUENO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1825 MONTERREY, N.

empezó á revolotear en torno de su marido y á agujonearle para que se moviese. Los primeros ecos de la revolución habían asustado á Pedro, cuando su mujer le hizo comprender que tenían poco que perder y mucho que ganar en una revuelta, participó en seguida de su opinión. No sé lo que puedes hacer—le decía Felicidad;—pero sé que hay que hacer algo. M. de Carnavant no decía hace poco que si Enrique V venía, sería rico, porque el rey recompensaría á los que hubiesen contribuido á su triunfo. Nuestra fortuna puede estar en estos sucesos. Ya es hora de que tengamos suerte.

El marqués de Carnavant, aquel noble que, según la crónica escandalosa de la ciudad, había conocido íntimamente á la madre de Felicidad de vez en cuando solía hacer una visita á los esposos; malas lenguas pretendían que la mujer de Pedro se le parecía. Era un hombrecillo delgado, activo, como de unos setenta y cinco años y cuyos rasgos fisonómicos presentaba efectivamente Felicidad al envejecer. Decíase que las mujeres le habían comido los últimos restos de una fortuna, bastante mermada ya por su padre en tiempos de la emigración; él confesaba su pobreza de buena voluntad. Recogido por uno de sus parientes, el conde de Valqueyras, vivía como un parásito, comiendo á la mesa de su huésped y habitando una pequeña estancia en los desvanes del hotel.—Pequeña—decía á menudo golpeando las mejillas de Felicidad,—si alguna vez Enrique V me devuelve mi fortuna, te nombraré mi heredera.—Tenía Felicidad cincuenta años, y aún la llamaba *pequeña*. Cuando ésta impulsaba á su marido por la senda de la política pensaba en aquellas caricias paternas y en aquellas promesas de herencia. Muchas veces M. de Carnavant se había lamentado de no poder ayu-

darla, pero nadie dudaba de que se portaría con ella como un padre el día que pudiese. Pedro, á quien su mujer había explicado con medias palabras la situación, se declaró dispuesto á seguir la marcha que le indicaran.

La posición particular del marqués hizo de él un agente activo del movimiento reaccionario en Plassans desde los primeros días de la República; aquel hombrecillo entrometido que todo lo esperaba de la vuelta de sus reyes legítimos, se ocupó con febril actividad en contribuir á su triunfo. Mientras la nobleza rica del barrio de Saint-Marc se adormecía en su muda desesperación, temiendo aún comprometerse y encontrarse de nuevo de la noche á la mañana condenada al destierro, el marqués se multiplicaba haciendo propaganda y atrayéndose voluntades y partidarios: era un arma que obedecía sumisa á una mano invisible. Desde entonces sus visitas á casa de Rougon fueron diarias; necesitaba un centro de operaciones: su pariente M. de Valqueyras le había prohibido llevar adictos á su palacio, y eligió el salón amarillo de Felicidad. Había encontrado en Pedro un auxiliar precioso. No podía ir en persona á predicar las ventajas del rey legítimo á los comerciantes al por menor y á los obreros del barrio viejo; lo hubieran silbado; pero Pedro, que había vivido entre ellos, que hablaba su lenguaje y conocía sus costumbres, podía muy bien catequizarlos con dulzura.

De esta suerte convirtiéndose Pedro en hombre indispensable. En quince días los Rougon fueron más realistas que el rey; el marqués, viendo el celo de Pedro, se resguardaba astutamente tras él. ¿A qué conducía ponerse en evidencia cuando un hombre de buenas espaldas se prestaba á llevar el peso de todas las necedades de un partido? Dejó reinar á Pedro, darse importancia, hablar